

SAN SEBASTIÁN EN LA ÉPOCA DEL SURGIMIENTO DE LAS SOCIEDADES GASTRONÓMICAS

Xosé ESTÉVEZ
(Universidad de Deusto-Campus
de San Sebastián)

*“La vida carece de valor si no nos produce satisfacciones.
Entre éstas, la más valiosa es la sociedad racional, que ilustra la
mente, suaviza el temperamento, alegra el ánimo y promueve la
salud”,* Thomas Jefferson (1743-1826).

SAN SEBASTIAN, CIUDAD ABIERTA
RECOGIDA de amor, y apurada, y pequeña,
la mar venía a ti con bella violencia
y era un abrazo atrevido que te envolvía entera,
te mataba adorando, te abrazaba indefensa.
Tú alzabas tus antiguas murallas militares,
y arropada al Castillo, pensabas en tus males.
Allí te retenían piedra, pólvora y sangre,
mas la mar te envolvía con espumas de madre.
Había que romper las murallas: Abrirse.
Había que sacar al mundo abierto y libre
tu potencia explotable, tu alegría posible,
todo lo que en tu sombra era un loco ¿quién vive?
Entonces nuestra Concha, no era Concha invadida,
sin intención ni estilo, tan sólo era marisma.
Las olas vagabundas inventaban sus islas.
Las dunas alternaban: Quitaban y ponían.
Allí donde hoy alzamos la verdad construida,
lo inhóspito domado, las calles dirigidas,
sólo naturaleza bruta y bárbara había.

Nuestra ciudad es nuestra. La hicimos como dicha.
 La inventamos. No vino de antemano ya dada.
 La hicimos con los dientes royendo las murallas,
 pidiendo tercamente más espacio a las ansias,
 combatiendo un pasado que quería asfixiarla.
 La hicimos: Una curva de “Lo Viejo” a “Lo Antiguo”
 que anticipó una terca procesión extramuros
 yendo por las marismas hacia un santo desnudo,
 dibujaba la Concha, dando a luz en lo bruto.
 La hicimos con trabajo, la hicimos con sudores
 que hoy lloran los diamantes con sus mil resplandores.
 La hicieron, y la hicimos clamando con mil voces,
 rompiendo las murallas militares, por hombres.
 De aquel campo de guerra fue surgiendo este Parque:
 Alderdi-Eder con niños que juegan y no saben
 que salir del encierro, conseguir este aire,
 fue el esfuerzo de muchos y costó libertades.
 Hace ya casi un siglo -no olvidéis el milagro
 que hoy nos parece fácil mas fue en su instante un pasmo-
 San Sebastián rompió las costra del pasado
 y vino a ser quien es limpiamente inventado.
 Esta ciudad reciente que beso y que me besa.
 Este mar que alborota y alegra la Zurriola.
 Esta playa que piensa de una en una de las olas.
 Y como preparadas, las raudas gaviotas
 que, dando su chillido, juegan a que están solas.
 Esta ciudad abierta, puramente ideada.
 Esta ciudad no dada, sencillamente humana.
 Esta ciudad que siempre se quiso sin murallas
 y que todo lo acepta, y es bella para nada”.

(Gabriel Celaya: “Gaviota. Antología esencial. Poesía”; Selección y textos. Félix Maraña; Itxaropena, Zarautz, 2.^a edición, 1990, pp. 112-113).

El contexto histórico del nacimiento de las sociedades gastronómicas

El contexto histórico que abraza la fundación de las sociedades gastronómicas se inscribe en un cuadro global, que encierra una triple y coloreada perspectiva: restauracionismo, postforalismo e industrialización en Gipuzkoa y donostiarismo.

I. El sistema restauracionista

Se inicia con Alfonso XII en 1875 y termina con el reinado de su hijo póstumo, Alfonso XIII (1902-1931). La regencia de su augusta madre,

María Cristina de Habsburgo (1885-1902) aupó a la bella Easo a la máxima cota de popularidad gracias a la afición y aprecio que la regente sentía por esta ciudad. Sus cíclicas estancias veraniegas y las continuadas visitas, en compañía de la corte, convirtieron a Donostia en la plaza turística más importante del Estado español a la que sólo hacía parcial sombra otra ciudad cantábrica, Santander.

Su hijo, Alfonso XIII, elevado al trono a temprana edad, siguió la tradición materna de solazarse con el riente paisaje donostiarra. Su relativamente largo y tensional reinado ofrece un antinómico panorama de luces y sombras.

1. Demografía

Se produce un crecimiento demográfico sostenido, puntualmente alterado por episodios de gripe y la última epidemia de cólera (1917-18), una fuerte caída de la tasa de mortalidad, un notable descenso del índice de natalidad e importantes movimientos migratorios, tanto exteriores-hacia países latinoamericanos y norte de Africa-como interiores, principalmente hacia Catalunya, el País Vasco y Madrid, primordiales focos de atracción.

2. Sociedad

La nobleza mantiene su poder económico, de base latifundista, mientras la alta burguesía, de carácter industrial, comercial y financiero, ubicada periféricamente, adquiere paulatinamente peso en la vida política, económica y social. Por otro lado, el proletariado industrial, cada vez más numeroso y reivindicativo, aunque lastrado por el alto índice de analfabetismo, por las diferencias salariales y por la timidez de su conciencia de clase, mejora muy lentamente sus condiciones existenciales mediante el asociacionismo y el sindicalismo, utilizando métodos como la huelga y, en casos extremos, la violencia. No hay que olvidar que Alfonso XIII asistió a dos entierros de presidentes de gobierno, fallecidos a causa de la violencia sindical, José Canalejas y Eduardo Dato. El socialismo en el norte y el anarquismo en el sur y Levante copaban la mayoría del movimiento obrero. El solar ibérico, sin embargo, permanecía como un enclave de ruralidad y el campesinado, aquejado por una generalizada situación de miseria tanto para el jornalero del sur y como para el pequeño propietario del norte, ocupaba un altísimo porcentaje de la población activa.

3. Economía

La agricultura avanzaba a timoratos pasos de buey anciano, pues la introducción de maquinaria agrícola, de métodos modernos de cultivo, de

abonos químicos y de regadíos no alcanzaba las cotas que por la misma época eran normales en otras latitudes europeas. Cereales, vid y olivo, la clásica tríada mediterránea, junto a las naranjas y en menor medida la remolacha azucarera constituían los cultivos esenciales. El desarrollo industrial, centrado en los sectores siderúrgico y naval vizcaínos, el textil catalán, el papeler y textil guipuzcoano y el minero asturiano, presentan una perspectiva optimista entre 1900 y 1917, con años de cuantiosos beneficios auspiciados por el arancel proteccionista de 1906 y la neutralidad española en la I Guerra Mundial. La banca privada se iza como un enhiesto pilar del sistema económico gracias a la repatriación del capital americano, a los beneficios revertidos en ella y otras aportaciones. Todo ello cristalizaría en la fundación de los grandes bancos: Hispano-americano (1901), Español de Crédito (1903), Urquijo (1918), Central (1920) etc.

4. La Política y su evolución: los grandes partidos

Los grandes partidos que hegemonizaban la vida política y el poder eran el conservador y el liberal. Un amplio espectro de otras fuerzas y agrupaciones se hallaban al margen de este mapa político monopolizado por las dos grandes formaciones mencionadas. Los republicanos, maltrechos tras el fracaso de la I República contaban con varias ramificaciones: el republicanismo histórico dirigido por el anciano Nicolás Salmerón, que tuvo un fugaz momento de gloria con el triunfo electoral de la Solidaritat Catalana en 1906, el Partido Radical, liderado por el demagogo y populista A. Lerroux, y el partido Reformista de Melquíades Álvarez. El Movimiento Obrero estaba integrado por dos grandes formaciones, el socialismo, más moderado y afincado preferentemente en los núcleos industriales del norte, y el anarquismo, más radical, ubicado predominantemente en las zonas levantina y andaluza. Hacia 1920 haría su aparición el Partido Comunista, que no alcanzaría peso político hasta el final de la II República. El asociacionismo de carácter cristiano sólo tenía influencia en las zonas rurales del Centro, Levante y Norte. El Tradicionalismo, con sus diferentes vertientes, mantenía fuertes núcleos de apoyo en el País Vasco, sobre todo en el ámbito rural. El catalanismo era ya un mozo fornido, el nacionalismo vasco, fundado en 1895, iniciaba su andadura adolescente en Gipuzkoa con el comienzo del siglo, y el galleguismo no comenzaría su lento caminar hasta 1916.

La evolución política del reinado del Alfonso XIII suele dividirse en cinco etapas. La primera (1902-1912) se denomina la del continuismo. Superado el trauma de 1898 el sistema se esfuerza en la prosecución de la alternancia pacífica en el poder, a través de procedimientos manipuladores de la elecciones, del partido conservador y el liberal. El primero será

liderado por F. Silvela y A. Maura y el segundo por S. Montero Ríos, S. Moret y J. Canalejas. Tras los luctuosos acontecimientos de julio de 1909 en Barcelona, conocidos como La Semana Trágica, el gobierno liberal presidido por Canalejas intenta una serie de reformas, que no lograrán una feliz conclusión debido a la oposición de fuertes grupos de poder y a la prematura muerte de Canalejas, asesinado por un anarquista. Las restantes etapas, crisis del sistema (1912-1917), desintegración (1917-1923), Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y Dictablanda (enero 1930-abril 1931) superan creces la década inicial del Siglo XX, en la que prolifera el nacimiento de las Sociedades Gastronómicas, como Ollagorra, fundada en 1906, o Hamaika Bat, en 1907.

5. Cultura

Desde este prisma el período se inscribe en lo que se ha dado en llamar “La edad de Plata”, que abarca desde fines del siglo XIX hasta 1936, con una sucesión gloriosamente fructífera de tres grandes generaciones de intelectuales, 1898, 1914 y 1927, en las que no dejaron de brillar con luz propia ilustres vascos. El período aportó relevantes cambios en el sistema educativo, en los espacios de sociabilidad y ocio, en la industria cultural y en el impacto social de la figura del intelectual. Por ser el ámbito cultural el más directamente conexo con el surgimiento de las sociedades gastronómicas me detengo lógicamente en él con gusto y regusto, analizando las dos primeras facetas: la educación y los espacios de sociabilidad y ocio, por considerarlas más directamente relacionadas con el contexto envolvente de la fundación de las Sociedades Gastronómicas.

5.1. El sistema educativo

Hasta el siglo XX la tasa de escolarización en España era débil en la enseñanza primaria y el acceso a la enseñanza universitaria era relativamente más difícil, lo que reforzaba el dualismo de la sociedad entre una minoría educada y una amplia masa analfabeta. A la entrada del siglo XX alrededor de un 45% de la población había traspasado el umbral de la alfabetización, es decir, sabía leer y escribir. Por otra parte, los centros eclesiásticos habían logrado captar a la mayoría de los estudiantes de secundaria, en gran parte abandonado por el sector público. A finales del siglo XIX había en toda España 59 institutos frente a 504 colegios privados, mayoritariamente regidos por religiosos.

Este panorama cambió en el primer tercio del siglo XX: aumentó el nivel de alfabetización y la escolarización, se creó la Institución Libre de Enseñanza, se produjo una importante modernización científica y se

llevó a cabo una necesaria renovación pedagógica en medio de una difícil secularización.

El incremento del nivel de alfabetización fue un proceso lento y territorialmente desigual. En las regiones septentrionales, salvo Galicia, los coeficientes de alfabetización ya eran altos hacia 1900. El País Vasco, Madrid y Castilla-León se situaban en torno al 60-70% de población alfabetizada frente a otras regiones con un 30-40%, aunque en el caso vasco los problemas del bilingüismo-diglosia provocaban disfunciones en el aprendizaje. Las diferencias se atenuarían en el primer tercio del siglo XX y se pasaría al segundo umbral de alfabetización, más del 70% era capaz de leer y escribir. La administración estatal comenzó el siglo creando el Ministerio de Instrucción Pública y convirtiendo en funcionarios a los maestros, que hasta entonces dependían de los magros presupuestos municipales. El gasto público en educación continuó siendo bajo y, a pesar de ello, el aumento de escuelas y profesores fue constante, culminando en la II República, régimen que realizó el mayor esfuerzo en política educativa de todo el período al duplicar el número de institutos y triplicar el de escuelas primarias.

La enseñanza superior era impartida por once universidades públicas, ninguna de ellas situada en el País Vasco, cuyo objetivo fundamental no era la investigación científica, sino la formación de profesiones liberales. Además de la falta de autonomía, las universidades sufrían frecuentemente el control ideológico de la libertad de cátedra, como ocurrió en 1875 cuando el ministro Orovio prohibió la enseñanza del evolucionismo darwinista por considerarlo en discordancia con el dogma católico. Este intervencionismo suscitó la llamada “cuestión universitaria”, que conllevó la expulsión de profesores de ideología krausista como F. Giner de los Ríos, quien, en unión de N. Salmerón y G. Azcárate, fundaron la Institución Libre de Enseñanza (1876). Este organismo se convertiría en el principal núcleo de renovación del pensamiento filosófico y científico, especializándose desde 1881 en la enseñanza primaria y secundaria.

La situación de la ciencia distaba mucho de parecerse a la de otros países europeos, sobre todo en lo referente a centros de índole experimental. El primer impulso hacia el cambio procedió del propio entramado institucional en los primeros veinte años del siglo XX. Nació en 1910 la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, presidida por el ilustre S. Ramón y Cajal, que promovió una especie de programa Erasmus de la época: pensiones o becas de estudios para su ampliación en universidades extranjeras a unos 2.000 universitarios.

A su amparo se crearían otros organismos. En 1910 se fundó la Residencia de Estudiantes, que acogía a estudiantes e intelectuales como el poeta Gabriel Celaya, cuyo poema frontispicia este trabajo, y a científicos

con su laboratorio como Medinaveitia. También en 1910 se creó el Instituto de Ciencias Físico-Naturales y el Centro de Estudios Históricos. En Cataluña se fundaría en 1907 el Institut D'Estudis Catalans, con similares objetivos a la Sociedad de Estudios Vascos (1918) y el Seminario de Estudios Galegos (1923).

La renovación pedagógica era una tarea urgente que científicos e intelectuales del 98 colocaron en primera plano con el fin de modernizar el país. Esta labor se halla asociada al Museo Pedagógico Nacional o a la fundación de La Escuela Superior de Magisterio, de la que salieron los planteles de profesores para surtir las Escuelas Normales, encargadas de formar los docentes de primaria. El abanderado de la introducción de las corrientes pedagógicas modernas sería el institucionista Lorenzo Luzuriaga. Proliferaron instituciones surgidas de la sociedad civil, que sustituyeron el papel del Estado o se enfrentaron a la hegemonía ideológica de la Iglesia, tales como las sociedades de instrucción, creadas por emigrantes gallegos o asturianos, los centros educativos de las Casas del Pueblo socialistas, los Ateneos republicanos o las escuelas racionalistas, de orientación anarquista, agrupadas en torno a la Escuela Moderna, fundada en Barcelona por F. Ferrer Guardia. Todas estas apostaban por el laicismo, la coeducación y la enseñanza activa. No conviene silenciar las iniciativas de educación popular, confiada desde 1886 en cuanto a la formación técnica a las Escuelas de Artes y Oficios, y las universidades populares, que pretenden realizar una extensión cultural a los grupos sociales populares urbanos. Resultó novedosa la experiencia de profesores reformistas de la Universidad de Oviedo, quienes a partir de 1898 llevaron a cabo la extensión universitaria en centros obreros, ateneos y escuelas de artes y oficios.

Todo este amplio fenómeno de renovación cultural, educativa y pedagógica se efectuó en medio de una difícil secularización en una España donde la presencia de la Iglesia era muy fuerte. A comienzos del siglo XX existían 3.000 comunidades religiosas y unos 50.000 profesos. Romanones y Canalejas elaboraron planes de control de la enseñanza por parte del Estado, despojando a la jerarquía eclesiástica de su carácter fiscalizador educativo, pero la oposición de las organizaciones católicas lo impidió. Incluso su papel se vio reforzado por la fundación de algunos centros de educación superior como la Universidad de Comillas y la de Deusto.

5.2. Los espacios de sociabilidad y de ocio

En este ámbito se asiste al nacimiento de una cultura de masas. Se producen notables cambios en los espacios de sociabilidad y relación personal, se desarrollan los espectáculos de masas, literario-musicales y deportivos, mientras que la reducción de la jornada laboral y la terciarización de la economía permite fenómenos como el veraneo o el excursionismo.

Se mantienen los antiguos espacios de sociabilidad, típicos de la sociedad burguesa del siglo XIX: ateneos, liceos y casinos urbanos (Ateneos de Madrid o Barcelona y Teatro del Liceo), pero se agregan otros en la segunda mitad del siglo XIX como los jardines y los paseos. Ambos se convierten en centros de expansión de la sociedad urbana y en medios simbólicos de establecer las diferencias sociales, incluso mediante diversos horarios de uso. La principal novedad del primer tercio del siglo XX fue la transformación de los cafés en cafés de “variedades” o cabarets, que popularizaron bailes extranjeros como el tango, el charlestón, la rumba cubana o el jazz. En los medios obreros cumplía estas funciones la taberna o el “chigre”. Las clases obreras crearán otros espacios de sociabilidad como las Casas del Pueblo, los casinos de obreros y artesanos y los centros de instrucción popular. En el País Vasco la novedad más llamativa en cuanto a nuevos espacios de sociabilidad urbana serán precisamente las Sociedades Gastronómicas, de carácter interclasista, delimitadas más bien por la afinidad de aficiones y las amistades de sus integrantes.

La asistencia a funciones públicas de índole literario-musical deja de tener un carácter elitista y se convierte en espectáculo de masas. Las representaciones teatrales, tanto clásicas como modernas, tuvieron gran éxito y dos libros recientes sobre el tema demuestran la gran tradición teatral de que disfrutó San Sebastián. Autores como Echegaray, Benavente o Quintero y actrices como M. Xirgu o María Guerrero gozaron de gran popularidad. Sin embargo, la zarzuela y su derivación, el género chico, así como el cuplé coparon las preferencias del público, que admiraban a cupletistas famosas como La Chelito o Raquel Meller. La música culta, con Albéniz, Turina o Falla, disfrutó de importantes cultivadores. La música popular experimentó una fuerte regionalización (sardana, flamenco, muiñeira o zortzico) y, en muchos casos, se vinculó a movimientos nacionalistas. Proliferarían las agrupaciones corales y los orfeones, abundantes en Cataluña y el País Vasco, con especial mención para el Orfeón Donostiarra. El éxito del cine, inicialmente ligado a barracas de feria, fue fulgurante. A partir de 1910 se convirtió en un espectáculo estable, de gran éxito entre las clases medias y populares urbanas. Hacia 1920 existían más de 1.500 salas de proyección en todo el Estado español. El primer largometraje de la cinematografía vasca se proyectaría en 1924.

Desde el siglo XX el espectáculo taurino adquirió el rango de auténtica fiesta nacional y de diversión popular, sobre todo en el norte peninsular. Hacia los años 20 había unas 160 ganaderías de reses bravas y unas 400 plazas de toros, destacando los diestros Belmonte y Sánchez Mejías, amigo de los poetas de la generación del 27, cuya muerte cantó García Lorca. El auge del deporte, paralelo a la modernización de la sociedad, reviste un doble plano: práctica social y espectáculo. Como práctica social es fruto de un

nuevo concepto del cuerpo humano y de la difusión de corrientes higienistas incentivadoras de las actividades físicas. Como espectáculo es un derivación del incremento del tiempo libre y de su capacidad para descargar pasiones y expresar sentimientos colectivos, por lo que a veces vehiculará la manifestación de movimientos étnicos y/o políticos. El fútbol será el deporte que experimente el mayor crecimiento. Fue introducido por ingenieros ingleses en las explotaciones mineras como las de Río Tinto y pronto se popularizará, originando la creación de clubes: Recreativo de Huelva (1889), Athletic Bilbao (1898) o Fútbol Club Barcelona (1899). Su popularidad se extendió hacia 1920 entre los trabajadores industriales. El primer campeonato de Liga, propiamente dicho, no se inició hasta 1928 durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-30). De los restantes deportes sólo el boxeo alcanzó cierta notoriedad gracias a los éxitos internacionales del guipuzcoano Paulino Uzcudun.

El veraneo como hecho social relevante, aunque todavía minoritario, comienza con el siglo XX a raíz de la mejora de las comunicaciones y del descubrimiento de las virtudes medicinales de los balnearios termales y de las aguas marinas. Algunos balnearios, entre ellos el de Zestoa, acogerían a miles de visitantes y la playa de la Concha de configuraría como un centro especializado de veraneo, al que acudía el rey Alfonso XIII, la corte, la aristocracia y las clases medias altas.

El excursionismo fue una actividad más cercana a los clases menestrales y populares urbanas, alcanzando un notable desarrollo en Catalunya bajo el impulso de sociedades excursionistas autónomas, similares a los boy scout, y de entidades recreativas o sindicales. Una variante del excursionismo de gran desarrollo en el País Vasco fue el montañismo, los *mendigoizales*, que tendrían un ejemplo análogo en Catalunya, los denominados, *minyons de muntanya*, y en Galicia los *Ultreys*. El auge del excursionismo es un complemento a la rápida urbanización e industrialización, lo que conllevaba una mitificación de la vida en contacto con la naturaleza, aunque también se consideraba un deporte. El montañismo obedece a un fenómeno similar, pero implementado en el País Vasco por otro, la persistencia del ruralismo en las estructuras urbanas y, por tanto, la nunca perdida vinculación con el campo. En este marco es conveniente mencionar el incremento de las actividades cinegéticas entre las clases urbanas, que suministrarían el substrato sociológico del nacimiento de alguna sociedad gastronómica como Ollagorra.

II. Postforalismo e Industrialización en Gipuzkoa

El País Vasco, principalmente Bizkaia, había entrado a partir de 1840 en una dinámica de modernización económica e industrialización, con

dos modelos, vizcaíno y guipuzcoano, de características opuestas. El primero, más temprano, centrado en el sector siderometalúrgico y más tarde el naval, gozó de un progresivo auge y, salvo el paréntesis de la carlistada de 1872-76, entró en el siglo XX en un período de enormes beneficios, incrementados en la primera fase de la Gran Guerra hasta 1917.

El excelente libro del profesor Luis Castells, especialmente sus conclusiones finales, es la guía fundamental en este capítulo sobre una Gipuzkoa y su modelo industrial, que presagiaba la *Belle Époque* de los años 20.

Gipuzkoa vivió en la coyuntura de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX una fase de despegue de la industrialización, aunque desde mediados del Siglo XIX los establecimientos fabriles jalonaban desperdigados los valles guipuzcoanos. En este paulatino avance industrial confluyeron factores de diverso orden para impulsar una industria dispersa geográficamente y diversificada sectorialmente. Las fábricas se constituyen con un pequeño capital inicial, de cuya rentabilidad se pasa a una posterior consolidación, lo que determina su tamaño.

Un pilar básico en esta modernización fue la mejora de las comunicaciones, carreteras, ferrocarriles y puerto, iniciativa en la que confluyó la voluntad de la burguesía y la de los órganos provinciales, detentados por ella.

Las transformaciones económicas imponen cambios en la agricultura, que se orienta a cubrir las demandas del mercado, a la especialización de los cultivos y a la búsqueda de la rentabilidad, sin que ello rompa el marco rural heredado, al menos en cuanto al régimen de propiedad y explotación y a la persistencia de las estructuras mentales tradicionales. Asimismo, cambia la distribución de la población activa de tal manera que hacia 1920 el porcentaje de la integrada en el sector secundario superaba ya al primario.

Todo este proceso de modernización económica y social siguió un itinerario no traumático, permitiendo un acoplamiento no estridente y gradual a la nueva sociedad.

El marco institucional de la provincia se halla configurado por el régimen de Concierdos Económicos, iniciado en 1878 tras la pax postforalista. Este régimen permitía el disfrute de unas competencias, una generación de riqueza y un manejo de la política fiscal peculiar, que beneficiaba a las clases más poderosas detentadoras del poder provincial a través de la Diputación. A una de estas oligarquías provinciales y donostiarras pertenecían los Machimbarrena, uno de los cuales, Fermín, fue fundador de la sociedad Ollagorra, junto a algunos honorables apellidos de origen catalán como Pagés o Mateu.

La evolución electoral de Gipuzkoa durante la Restauración pone de manifiesto la fragmentación política de la Provincia, con zonas, generalmente las menos industrializadas, de clara decantación tradicionalista, y otras inclinadas hacia opciones progresistas. Es evidente, sin embargo, la pujanza de los partidos tradicionalistas, específicamente el carlista, y para contrarrestar su fuerza liberales y republicanos se verán obligados a buscar una entente, que dominará la Provincia una serie de años. En el primer decenio del siglo XX la derecha logrará hacerse con la iniciativa política y el control de la Diputación, instrumento clave del entramado provincial de poder. Se producirá una plena imbricación entre bloque social y político dominantes y la emergencia de una burguesía industrial-financiera, que se consolidará como grupo rector de una forma pacífica, sin codazos ni traumas, incardinándose con tranquilidad entre los clanes tradicionales, de los que una gran parte de ella había salido.

La continuidad de las corrientes ideológicas y el tránsito no rupturista entre la antigua y la nueva sociedad en virtud de los rasgos que adoptó la modernización en Gipuzkoa supuso una transición lenta y sin dislocaciones, la ausencia de una masiva irrupción foránea que no generó convulsiones sociales como en Vizcaya y la hegemonía del pensamiento conservador-tradicional.

La desaparición de los fueros en 1876 generó un ambiente de frustración por lo que se consideraba una injusta abolición. Serían frecuentes las apelaciones a su restauración y la defensa de los llamados derechos históricos propios. Estas apelaciones fueron aprovechadas por los grupos dirigentes provinciales, sobre todo a la hora de renovar los Concierdos Económicos, para presionar al gobierno. La misma defensa del Fuero se convierte en capital simbólico socialmente aglutinante, no sólo esencializado y vehiculado por la ideología tradicional dominante, sino incluso instrumentalizado por los sectores liberales republicanos como banderín de enganche al percatarse de la fascinación popular que ejerce la foralidad.

En suma, el proceso de modernización en Gipuzkoa se produjo sin grandes sobresaltos ni convulsiones. Los distintos sectores que componían la sociedad guipuzcoana se ensamblaron de forma armónica hasta la nueva coyuntura, coincidente con la I Guerra Mundial, en que las tensiones y reivindicaciones obreras pusieron en cuestión la cohesión social.

III. El contexto donostiarra

Los concienzudos trabajos de Luis Castells sobre la historia de San Sebastián entre 1864 y 1936 y la tesis doctoral de Carlos Larrínaga sobre la ciudad entre 1875 y 1914 nos suministran la información básica para elaborar este apartado.

III.1. Antecedentes

Entre los antecedentes más importantes ocurridos en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX, que suministraron el impulso esencial para la modernización y el desarrollo urbanístico donostiarra durante la Restauración, cabría mencionar los siguientes.

1. La venida a San Sebastián de la reina Isabel II, en 1845, para tomar baños de mar, visita, que se repetiría esporádicamente en años posteriores, incluido 1868, cuando la reina parta de San Sebastián hacia el exilio.
2. La conexión de San Sebastián con la vía terrestre Madrid-Irún en 1847, al inaugurarse un camino que pasaba por la avenida de la Libertad.
3. El logro de la capitalidad provincial por Donostia en 1854, aunque la Diputación y sus dependencias continuarían en Tolosa hasta 1876.
4. La Inauguración en 1864 de la línea férrea Madrid-Irún, a la que se sumarían entre 1889 y 1914 otros ferrocarriles de vía estrecha: San Sebastián-Hendaya, El Plazaola a Pamplona, San Sebastián-Hernani y Ategorrieta-Ulía, sin olvidarse de los Tranvías desde Donostia a Rentería y a Tolosa.
5. El derribo de las murallas en 1865 permitió el ensanche urbano, cuyo proyecto basado en el barcelonés de Cerdá (1859) y el madrileño de Castro (1860) fue diseñado por Antonio Cortázar, no sin haberse generado un amplio debate sobre la Alameda. En una primera etapa se construiría hasta 1874, la plaza de Gipuzkoa se terminaría en 1882 y los jardines en 1877.
6. Las obras de acondicionamiento del puerto de Pasajes, que pasó a la Provincia por un período de 90 años en 1870 y fue modernizado mediante varias fases de obras entre 1881 y 1889.
7. La estancia real, la capitalidad y las comunicaciones abrieron nuevas perspectivas para un nuevo sector: el turismo, en el que influyó decisivamente el ferrocarril al abaratar y democratizar los desplazamientos.
8. La fortaleza del liberalismo en San Sebastián, que difundirá su fama de ciudad abierta, acogedora y progresista. En 1868 a la caída del régimen isabelino se constituyó una Junta de Gobierno, integrada por conocidos miembros de la burguesía local entre los que figuraba Fermín Machimbarrena, familia vinculada a los orígenes de Ollgorra. El mismo Fermín durante el sexenio revo-

lucionario (1868-1875) protagonizaría una política de entendimiento de todas las facciones liberales para hacer frente al carlismo. Durante la carlistada, desde septiembre de 1875 Donostia sufrió un continuado asedio y bombardeo carlista que duró hasta febrero de 1876, a consecuencia del cual falleció el bertsolari Bilinch, óbito que dio a conocer en la prensa madrileña el periodista y gran escritor gallego, Manuel Curros Enríquez.

9. El expansionismo urbano tras la finalización de la última carlistada fue notable, de tal manera que San Sebastián pasó de 14.150 habitantes en 1860 a 32.609 en 1895, alcanzó los 37.812 en 1900, rondaba los 47.000 en 1900 y sobrepasaba los 55.000 en 1915, llegando a los 78.000 en 1930. Se llevaría a cabo el segundo ensanche de San Sebastián, cuyas obras remataron hacia 1915, no sin antes sufrir nuevas expansiones, el barrio Gros y el del Antiguo, que en este último proseguiría en los años 20.
10. La existencia de una serie de edificios singulares. La arquitectura donostiarra está revestida de un tono monumental, grandioso, disciplinado, uniforme, sobrio, contenido, elegante, impactante y distinguido, de influencia francesa, como corresponde al carácter eminentemente burgués y liberal de la ciudad. Un urbanismo confortable, de amplios paseos y alamedas y de zonas bien ensambladas y articuladas, adorna el espacio. El clasicismo, el eclecticismo y el modernismo ligan en armoniosa compañía. En suma, una ciudad hecha a la medida humana, en la que el ruar es apacible y es posible recorrerla en tiempo corto, practicando una conversación tranquila y demorada. Una serie de edificios notables de esta época finisecular merecen el honor de embellecer estas immaculadas cuartillas: Las escuelas de Amara, la fachada del palacio de la Diputación, el palacio de Miramar, las iglesias del Buen Pastor y de San Ignacio (Gros), el cementerio de Polloe, el edificio de la antigua Caja de Ahorros Municipal, el primitivo mercado de San Martín y el Casino, hoy Ayuntamiento. Ya en el siglo XX no desdican el Centro Cultural Koldo Mitxelena, el contiguo edificio de Correos, los puentes de Santa Catalina y María Cristina, el teatro Vitoria Eugenia y el hotel María Cristina.

III.2. El progreso donostiarra en el primer tercio del siglo XX

Una vez articulado y modernizado el espacio urbano y sentadas las bases infraestructurales, la ciudad se despereza y despliega en una variada gama de actividades y elementos definitorios e incubadores del contorno estructural donostiarra, que desarrollaremos en seis facetas: turismo y

presencia cortesana, fuentes de riqueza, espacios de sociabilidad y ocio, haz de sombras, juego político y factores y ámbitos de interacción-cohesión societaria.

III.2.1. Turismo y presencia cortesana

El excelente estudio de Rafael Aguirre sobre este tema es un cicerone excepcional, en compañía de los dedicados a la misma cuestión por Luis Castells y Carlos Larrínaga.

San Sebastián contaba con una cierta tradición turística, por supuesto no comparable a la de Gran Bretaña o Francia, desde la década de 1830, impulsada por una corriente general europea bajo los auspicios de la aristocracia y las nuevas pautas médico-higiénicas que atribuían a los baños de mar propiedades terapéuticas, en detrimento de los baños termales y balnearios. A ello obedece la mencionada presencia de la reina Isabel en 1854.

El derribo de las murallas en 1863 operó un cambio propiciador de la actividad turística al configurar un ensanche atractivo, elegante, seductor y burgués, “limpio, esbelto, agradable, sano, armonioso”, como dice el texto de un visitante en 1909, atractivo propagandístico para enganchar al visitante.

Las dificultades de desplazamiento, elemento que obstaculizaba el despegue turístico y su rentabilidad, fueron superadas al abrirse en 1864 la línea ferroviaria Madrid-Irún y otras menores, complementarias, que facilitaron extraordinariamente los viajes.

La finalización de la última carlistada suministró una coyuntura favorable para el incremento de visitantes y la decantación preferente hacia la Bella Easo en detrimento de Santander.

El siguiente e importante escalón en el devenir turístico y económico de San Sebastián se produciría en 1887 con la estancia veraniega de la reina regente María Cristina, que casi nunca faltaría a esta cita estival donostiarra hasta la fecha de su muerte en 1929. Su hijo proseguiría la tradición materna, aunque pasaría algunas temporadas en Santander, cuyo ayuntamiento le regaló el palacio de La Magdalena.

La estancia estival de la reina regente y su hijo Alfonso XIII, que se prolongaba durante tres meses, venía acompañado de un numeroso séquito cortesano, la flor y nata de la aristocracia y del gobierno, turistas todos ellos de alto poder adquisitivo, de tal manera que la ciudad se convertía en la capital del reino, proporcionándole un ambiente peculiar lúdico-festivo y dotándola de un especial atractivo cosmopolita, a la par que insuflaba ingresos no desdeñables en la economía urbana. Si entre 1889-1893 la

población flotante en el mes de agosto sobrepasaba las 8.700 personas, en el período 1904-1908 rondaba las 19.300.

Precisamente en el año 1906 el rey contrajo matrimonio con Victoria de Battenberg, lo que obligó al monarca a visitar la ciudad fuera de la temporada estival en varias ocasiones. Estaría en San Sebastián entre el 26 de enero y el dos de febrero, en compañía de su augusta progenitora, María Cristina. Desde Donostia se desplazaba a diario a Biarritz para departir con su futura esposa. De nuevo regresarían Alfonso XIII y su madre el 5 de marzo y se hospedarían en su residencia habitual, el Palacio de Miramar, hasta el día 12, fecha de su regreso a Madrid. En esta regia mansión se celebraría el 8 de marzo la ceremonia de conversión de la futura reina Victoria a la religión católica. El día 10 visitó San Sebastián el monarca británico, Eduardo VII. Ambos soberanos eran excelentes gastrónomos y carnívoros, a juzgar por el menú degustado por ambos en el almuerzo, según relata la prensa de la época. Sugiero que este menú regio, con ciertos cambios adaptados a la coyuntura actual, bien podría ser el conmemorativo de alguna sociedad gastronómica como Hamaika Bat que cumple en 1907 su centenario:

Sopa Nilson

Huevos a la Polignac

Filetes a la Rossini

Cordero con legumbres

Espárragos salsa holandesa

Capones de Bayona asados

Ensalada de lechuga

Pasteles. Helados Victoria

Vinos: Jerez 1847- Oporto- Borgoña

Chateau Margaux- Champagne Pomerit.

Los precios del mercado para confeccionar un menú asequible en la primavera de 1906 eran los siguientes:

- Huevos: una docena=1,15 pesetas.
- Cordero: de 6,50 a 6,75 pesetas cada uno.
- Pollos: de 6,50 a 7 pesetas el par.
- Alcachofas: una docena=1 peseta.
- Guisantes: un kilo=1,25 pesetas.
- Espárragos: el manojo=1,50 a 1,75 pesetas.
- Tomate: un kilo=2 pesetas.
- Judías verdes: un kilo=1 peseta.
- Patata nueva: un kilo=1,75 pesetas.

A mediados de abril el monarca hispano pasaría por San Sebastián para dirigirse a Inglaterra. Desembarcó a su vuelta procedente de la “pérfida Albión” en Donostia el 6 de mayo para retornar a Madrid.

Volvería a San Sebastián el 26 de mayo para recibir a su prometida, Victoria Eugenia.

El 25 de julio se establecería la Corte en el palacio Miramar para disfrutar de la temporada veraniega.

Hasta tal punto el turismo era relevante que los nombres de Donostia, Deba y Motriku brotan espontáneamente de la pluma del gran novelista andaluz, Juan Valera (1824-1905). Diplomático, embajador en varios países, espíritu abierto, rico, tolerante y cosmopolita cantó con humor sus temores y recelos por la afluencia de veraneantes a la costa vasca en el soliloquio de “Arcacosúa”:

“¿Por qué el suelo que miro
 ha de hollar tanta gente forastera?
 ¿Por qué el desocupado cortesano
 ha de venir aquí cada verano?
 Graves negocios y placer impuro
 Abandona la corte y se encamina
 De Guipúzcoa al pacífico seguro
 Que con galas y vicios contamina;
 Desprecia la sardina,
 El rubio corrocón, la tenue angula,
 Y la rica borona suculenta;
 Y sueña con la exótica cocina,
 Que sólo ya su melindrosa gula
 Y su embotado paladar contenta.
 ¡Ay! ¡Cuánto mi recelo se acrecienta
 de que estas sucesivas invasiones
 han de viciar aquí los corazones!
 Pronto, quizá, del madrileño el trato
 Traerá mil peligrosas novedades:
 La zagala tal vez de más recato
 A ser vendrá terrible cocodeta;
 Por el cancán se olvidará el zortcico,
 Vencerá a la pelota la ruleta
 Y modas de París habrá en Motrico.
 ¡No permitan los cielos
 que se cumplan tales recelos!
 ¡Oh! Númenes. ¡Oh! Genios tutelares
 de los hijos robustos de Vasconia,
 proteged sus hogares
 contra disgustos, vicios y pesares
 que viene de Madrid con la colonia”.

Además de los clásicos servicios de infraestructura hotelera y playera, el desarrollo turístico obligaba a dotar a la ciudad de una gama de distracciones lúdicas, que atrajeran y cubrieran los gustos del veraneante de lujo. Desde el ámbito público y privado surgieron una serie de iniciativas para colmar esta demanda. En 1887 se inaugurará el suntuoso Casino, más tarde un trasbordador aéreo en el monte Ulía, transformado en lugar urbanizado y de esparcimiento, así como un funicular en 1912 y un casino restaurante en Igeldo. Entre 1914 y 1919 se efectuarán las obras del Paseo Nuevo y por las mismas fechas la urbanización de la carretera de Igeldo y la ampliación de la playa de Ondarreta. Era también necesario mejorar el entorno de la Concha, donde se acometieron obras. Entre 1911-12 se construyó el actual edificio de la Perla y la Caseta Real de Baños (actual Eguzki). Hacia 1920 la estructura de ocio estaba suficientemente articulada y la compra del monte Urgull por el Ayuntamiento en 1921 para uso público, así como la inauguración del antiguo Kursaal en 1922, coadyuvaron a completarla.

Los espectáculos públicos y deportivos no se obviaron para satisfacer a este turismo de elite. Éste gastaba a raudales e inducía a hacerlo a otras clases sociales más bajas debido al clásico mimetismo social, que ha funcionado en todas las épocas y latitudes, como anotaba el diario “La Voz de Guipúzcoa” en julio de 1895. El campo de golf, el hipódromo y el circuito automovilístico, ubicados en Lasarte, con el beneplácito y en algunos casos con fuertes subvenciones del Consistorio donostiarra se sumaron a la oferta lúdica.

Con un carácter más interclasista se construyeron recintos para celebrar espectáculos de masas. Con este fin se construyó en 1903 una nueva plaza de toros en el Gros, El Chofre, y se organizaron multitud de festejos, sobre todo en la época veraniega para alargar la estancia de los veraneantes, (“una de las principales fuentes de riqueza de la ciudad”, según reza en un texto del Archivo Municipal de San Sebastián), tales como regatas de yates, concursos hípicas, tenis, carreras de coches, tiro de pichón y la pelota para dar un toque pintoresco del país. No faltaban los paseos por el Urumea, excursiones a la Provincia, cines, espectáculos de variedades etc.

A pesar de que en los años 20 se produjo una ligera crisis turística, en gran parte inducida por la prohibición del juego a cargo de la Dictadura de Primo de Rivera, San Sebastián se identificaría con el turismo, su principal fuente de riqueza. La imagen ad intra y ad extra de Donostia se fijaría al turismo y como compendio y símbolo de todas las virtudes el paisaje de la bahía de la Concha sería el epicentro de toda la iconografía propagandística.

III.2.2. Las fuentes de riqueza

No cabe duda de que el turismo significó la principal inyección económica de la ciudad, que a su vez, ejerció de motor de otros sectores. Sin embargo, la economía donostiarra no dependió exclusivamente de esta fuente, impulsada por una burguesía liberal, dinámica y emprendedora, que diversificó los manantiales capitalistas y abrió las puertas a otras vías de desarrollo, pues, al fin y al cabo, el turismo era una fuente estacional y veraniega. Ello obligó a buscar otros recursos, que coexistiesen y se complementasen con los turísticos, los industriales y del sector terciario (finanzas, comercio y hostelería), éstos últimos estrechamente vinculados con el turismo. Por tanto, la economía donostiarra se fundamentaría sobre dos pilares: el turismo y las actividades con él relacionadas y la industria.

Este desarrollo económico se caracterizó por unos rasgos muy precisos, análogos al modelo guipuzcoano en general y muy distantes del vizcaíno.

1. Coexistencia del sector turístico y el industrial, cada uno en goce de su propio espacio, sin interferencias perjudiciales entre ambos, por tanto, economía diversificada y cohesionada.
2. Crecimiento escalonado, lento, progresivo, sin desajustes ni alteraciones sociales llamativas.
3. Crecimiento integrado, sostenido y controlado en sus diferentes facetas, urbanística, demográfica, económico-social, permitiendo la creación de una ciudad confortable, moderna y tranquila. De 100 hectáreas y 14.000 habitantes en 1860 pasó a 300.000 y 78.000 habitantes en 1930, con una gradación paulatina y no estridente entre ambos extremos.

En 1920 un 58% de la población donostiarra había nacido fuera de la ciudad, aunque ascendían a cerca de un 62% los nacidos dentro de la provincia. Además, la mayoría de los nacidos fuera de la provincia provenían de una entorno vasco, alavés y, sobre todo, navarro, por lo que no se provocó un conjunto descohesionado, sino cultural y humanamente bien trabado.

Los índices de población activa manifiestan un declive irreversible del sector primario y la vitalidad del secundario y terciario, superando siempre éste al secundario y barriendo entre ambos al primario, que ya en 1930 sólo alcanzaba el 7%. En 1920 el secundario superaba el 40%, pero el terciario sobrepasaba el 48%. Se afianzó el trabajador industrial y casi desapareció el artesanado.

Es evidente, en definitiva, la terciarización de la economía donostiarra, que se sustentaba en el turismo y éste, a su vez, tiraba de otras áreas económicas como:

1. La construcción de viviendas, muchas de ellas dedicadas al alquiler veraniego, generador de substanciosos beneficios.
2. El negocio hostelero: nuevos hoteles emblemáticos de la ciudad, cafés elegantes, tabernas más populares y cafés de consumición rápida a partir de 1920.
3. El comercio minorista, de tiendas cada vez más especializadas en productos concretos, que originaron el abandono de los mercados y de otros establecimientos donde se vendía de todo.
4. La aparición de un comercio de lujo para clientes selectos, cuyos establecimientos, en algunos casos, sólo abrían en verano.
5. Desarrollo de una estructura socioprofesional más extensa y compleja que respondía a la demanda de nuevos y mejores servicios, plasmada en el aumento de las profesiones liberales.
6. La función capitalina de San Sebastián obligó a contar con un plantel de funcionarios, que surtieron los efectivos de las clases medias con un importante nivel de consumo fortalecedor del sector terciario.

El segundo pilar de la economía donostiarra era el sector industrial, que disfrutó de las características del modelo industrializador guipuzcoano: diversificación sectorial, tamaño reducido de las empresas, inversiones modestas iniciales y confluencia de capitales familiares. Sin embargo, el paradigma donostiarra se revistió de algunos rasgos específicos, que lo diferencian del modelo provincial:

1. El sector industrial no fue como en la Provincia el sector principal, sino complementario.
2. Escasa presencia en la ciudad de los subsectores en los que se basó el despegue industrial guipuzcoano: siderometalúrgico, armero, textil y papelerero. En Donostia predominaron: la construcción, el más numeroso, alimentario, papelerero, tabaquero y otros.
3. A diferencia de la provincia la industria se situaba en el espacio urbano periférico (barrios de Gros, Eguía, Antiguo) para no empañar la vista de los veraneantes y no perjudicar el turismo.
4. Predominio de reducidísimos talleres, unos 120, cuya ratio de operarios rondaba los 30.

Por subsectores la construcción hacia 1915 capitalizaba la actividad industrial, seguida por este orden del textil, alimentación, tabaco, siderometalurgia, papel, transporte y otros variados de menor entidad.

Además de la Tabacalera, que tenía más de 200 trabajadores en 1915, sólo dos empresas superaban el tamaño mediano: Lizarriturry y Rezola (ya desaparecida), situada en el Antiguo y dedicada a la fabricación de material para velas y jabones (el lagarto), con 245 obreros, y Cementos Rezola, ubicada en Añorga, con 246 trabajadores. Otras tres empresas contaban con 100 o más obreros: Chocolates Suchard, la constructora Olasagasti y la Compañía del Tranvía de San Sebastián.

No podemos, finalmente, silenciar el efecto dinamizador del crecimiento económico en el nacimiento de entidades financieras: Caja de Ahorros (1879) Banco Guipuzcoano (1899) y Banco de San Sebastián (1909).

III.2.3. Espacios de sociabilidad y ocio

En los estudios más actuales de historia se le concede un gran importancia a esta faceta, porque establece los marcos de relación interpersonal fuera del horario laboral y proporciona un conocimiento más completo del vivir cotidiano y de las mentalidades, tanto de las elites como del común.

El primer espacio de sociabilidad lo constituían los paseos, escena fundamental donde se manifestaban los roles y se ejercía el control social. El Boulevard, divisoria entre el viejo contorno koskero y el nuevo espacio burgués del ensanche, reforzado, además, por la presencia de bares, cafés y conciertos musicales, era el espacio central del paseo y lugar de encuentro esencial, especialmente para las clases más pudientes. Progresivamente, los espacios de encuentro se fueron trasladando de la cercanía del casco antiguo al Ensanche: La Concha o La Avenida, donde también se ubicarían los comercios más punteros, los bancos y los organismos administrativos. La nueva ciudad del Ensanche ofrecía mejores prestaciones, más comodidades y condiciones higiénicas más saludables.

El incremento de bares cafés (para “los de arriba”), y tabernas (para “los de abajo”) eran lugares selectivos de encuentro y reunión.

La intensa vida política facilitó no sólo la animada charla sobre temas locales y extralocales, sino también la aparición de un buen número de periódicos, entre los que sobresalían el republicano “la Voz de Guipúzcoa” y el conservador “El Pueblo Vasco”, propiedad del industrial oiartzuarra, Rafael Picavea “Alcíbar”, sin olvidar prensa carlista, integrista y nacionalista.

La iluminación eléctrica de las calles desde 1899 permitió la ampliación del horario de ocio, así como los nuevos medios de locomoción: ferrocarril, tranvía y automóvil, cuya posesión, dado el alto coste, revelaba el rango social. Las carreras de automóviles, a las que era tan aficionado el propio rey Alfonso XIII, originarían un nuevo y elitista espacio de sociabilidad.

La introducción de nuevas prácticas deportivas, unas de más empaque social que otras, como el ciclismo, natación, atletismo, rugby, hockey sobre hierba, pelota, caza y fútbol contribuyeron indudablemente a la sociabilidad. Los deportes no sólo inducían espacios selectivos de interrelación a sus practicantes, sino también a los aficionados y seguidores. En el origen de algunas asociaciones se halla la afición a un deporte o actividad concreta, como ocurrió en el caso de Ollagorra respecto a la caza. Sin embargo, el fútbol será el deporte que adquiera un mayor desarrollo, transformándose en un espectáculo de masas y, además, lucrativo, por lo que se cerraron los campos para cobrar entradas. La Real Sociedad se fundaría en 1910 y en 1913 se construiría el campo de Atocha, hoy derruido, en el antiguo velódromo. Pronto se convertiría el equipo en un potente instrumento de aglutinación e identidad local de tal manera que realismo se asimilaba a donostiarismo y viceversa.

En este elenco de asociaciones no podía faltar las sociedades gastronómicas, que se desarrollan extraordinariamente por esta época (Ollagorra, 1906; Hamaika Bat, 1907) y cuyo nacimiento está relacionado con una serie de factores de cohesión social, que analizaremos oportunamente.

No faltaban las exhibiciones aéreas en la Concha a partir de la primera década del siglo, que causaban gran atracción entre la población.

Los nuevos inventos tecnológicos contribuyeron al fomento y agilización de encuentros y relaciones. El Ayuntamiento donostiarra obtendría en 1908 la concesión del teléfono, cuya cifra de abonados en 1919 era la más alta del Estado español. También irrumpió con fuerza otro espacio de sociabilidad, el cine. Desde 1912 a 1922 se crearon el Noveidades, Miramar, Bellas Artes y Príncipe, sin olvidar el teatro, al que ha dedicado recientemente un preciso estudio la investigadora Gil Fombellida, ni tampoco la radio, cuya primera emisora Radio San Sebastián comenzó a emitir en 1925, en principio destinada a los oyentes de la estación estival.

Una ciudad, que alardeaba de limpieza e higiene, se preocupó de cumplir estas exigencias sanitarias. Se la dotó de una buena red de alcantarillado, se construyó en 1899 el pantano del Añarbe para la traída de aguas y se compró con este mismo objetivo la finca de Artikutza en 1919.

La moralidad pública fue objeto también de sumo cuidado para no empañar esa imagen de un San Sebastián culto, limpio, seguro, que guardaba las buenas maneras. Se veló por el honesto atuendo, se prohibió la promiscuidad en la Concha, los niños aprehendidos en el acto de hacer “chicarra” eran llevados a los centros escolares y se adoptaron medidas contra la ebriedad pública.

III.2.4. *Los haces de sombras*

En este panorama tan ampliamente luminoso también se proyectaban sombras, que, para evitar un efecto propagandístico nocivo, procuraban silenciarse:

- el precio caro de la vivienda y la dificultad de acceso a ella.
- la presencia puntual de algunas asonadas sociales: la de 1893, la de 1902 a causa de la prohibición de la *sokomuturra*, la huelga de 1916 contra la carestía de las subsistencias y las huelgas convocadas entre 1917-23 en las que emerge claramente la cuestión social.
- la difícil situación de la clase obrera a juzgar por un informe de 1903.
- la existencia de la marginación, mendigos y pobres, que erosionaban el tono elegante y distinguido de la ciudad. Se trató de prohibir su presencia, de controlarlos, de expulsarlos y, en todo caso, de concentrarlos. Prueba evidente de la magnitud de esta problemática es la creación de una Junta de Beneficencia y de dos asilos y un hospital, San Bartolomé (1909), para acoger a indigentes, Zorroaga (1910) y el Hospital de San Antonio Abad (1888), regentados por la Junta. También se creó un abundante dispositivo benéfico, la Gota de Leche, cocinas económicas, cantinas populares y con anterioridad el Asilo Matía (1887).
- la epidemia de 1918 fue silenciada para evitar el desprestigio de la ensalzada sanidad urbana.
- El rigor histórico no nos permite silenciar un subsector complementario: la pesca, cuyos trabajadores no gozaban precisamente de un nivel de vida confortable. La sociedad gastronómica Hamaikak bat, fundada en 1907, por ejemplo, se situaba físicamente en la parte vieja donostiarra, lugar de residencia, trabajo y ocio de los pescadores. Un cabo de mar gallego, Benigno Rodríguez Santamaría, basándose en datos recogidos antes de 1910, publicó en 1916 un curioso e ignorado libro titulado: “Los pescadores del Norte y Noroeste de España”. En él suministra relevante información acerca de la actividad pesquera donostiarra, a la que se dedicaban, según él, 500 personas, y la forma de vida de los pescadores, incluida la alimentación. Por su evidente interés transcribo el apartado referente al tema alimentario, lúdico y costumbrista (p. 16 y siguientes).

«Los pescadores de esta provincia (Gipuzkoa) son tan poco metódicos y amigos de cuidarse como los de otras provincias del Norte y Noroeste; pero debido á que sacan mayor utilidad de las pescas, se alimentan algo mejor que sus compañeros del Cantábrico... Se desayunan por lo general, con café con

leche, y al medio día toman un cocido de alubias, preparado con carne, tocino ó aceite, según los recursos de que disponga cada familia, y beben sidra ó vino, pero en ocasiones de escasez de pesca, pasan sin él, y si no tienen cocido, entonces se van á mariscar y ponen arroz con mariscos. Por la noche acostumbran á cenar pescado, si lo hay, puesto en forma de guiso con patatas, y si no hay pesca, entonces utilizan el bacalao y hasta las sardinas saladas, aunque sean viejas.

Generalmente comen pan que ellos llaman blanco, ó sea de harina de trigo, pero en Fuenterrabía comen también panes delgados de harina de maíz, llamados talua. Unas tortas parecidas á estas, comen también los de Orio, además del pan de trigo, y siempre que pueden, toman sopas de ajo. De toda la provincia, el puerto donde mejor se alimentan, es el de Pasajes...

En cambio, en San Sebastián, es donde peor se alimenta el pescador guipuzcoano, debido á tener que pagar más por el alquiler de las habitaciones y á lo caros que están en esta población los principales artículos de consumo. Por esto, en el invierno, durante los temporales que cierran por completo los puertos, pasan algunos días sin comer y sin encender lumbre, teniendo que pedir todo lo que necesitan para alimentarse al crédito. En tales casos, suele el Ayuntamiento repartir raciones de pan de á seis libras cada una, y además la aristocracia y Sociedades benéficas organizan funciones y fiestas, cuyos productos son repartidos entre estos obreros del mar... Las bebidas más corrientes entre los pescadores de esta provincia son sidra y vino tinto... he visto algunos pescadores en Fuenterrabía y San Sebastián que una tarde se bebieron 25 vasos de sidra de á cuatro un litro, tomando, además, su ración de vino correspondiente, pero en cambio, excepto en San Sebastián, apenas beben bebida blanca, caña y anisados... Abundan mucho las sidrerías, tabernas y otros locales en donde se venden bebidas, pudiendo observar en Fuenterrabía, y casi la misma proporción hay en los otros puertos, que para 330 pescadores con sus familias hay 50 sitios donde se pueden vender bebidas, y ésto da lugar a un consumo de ellas grandísimo, como pude apreciar en mi recorrido por este puerto (Fuenterrabía), puesto que en una año se consumieron 526.000 litros de vino y unos 700.000 de sidra... En San Sebastián, en la parte antigua solamente, nada menos que 24 tabernas, 30 cafés-tabernas que venden vino y café y 38 tiendas de comestibles que también venden bebidas...

El pescador de San Sebastián es muy amigo de diversiones y le gusta comer muy bien, gastando seguramente una peseta al día entre fumar, beber y divertirse, y como otra le cuesta el alquiler de la casa, y su jornal de las pescas no excede de tres diarios como término medio, le queda una para atender al cuidado de su familia, siempre muy numerosa, cantidad insuficiente que les obliga á pasar verdadera hambre durante los principales meses de invierno... Durante el verano, cuando ganan algo están en tierra en días festivos, se recrean mucho y lo recorren todo, pudiendo condensarse su vida en estos días en la forma siguiente: se levanta, se viste con camisa planchada, ropa negra muy buena, boina del mismo color, buen calzado, que á pocos le falta, reloj de bolsillo, que casi todos lo usan y corbata en la camisa. Se desayuna como se

explicó al tratar de la alimentación y toma luego una copita de bebida blanca, unos anisados, otros caramanchel y otros caña. Oye misa en cualquiera de las capillas próximas á su barrio, y á las once toma lo que llaman las once, un vasito ó dos de vino blanco; come luego con su familia, y en seguida se va al café, bien al café propiamente dicho, ó bien á una tienda llamada café-taberna de los muchos que hay en esta población, todos próximos á los pescadores. Allí toma café, una copa y, desde luego, por ser día festivo, un tabaco, y si acaso se presenta ocasión, juega una partida de dominó, de mús ó de tute, y terminada, coge el tranvía y se va á los pueblos inmediatos, como Hernani, Pasajes, Rentería etc. á beber sidra, bailar y, si se presenta bien, jugar á pelota.

Como en la mayoría de los casos no toman la bebida sola, acostumbran á beber la sidra tomando, como ellos dicen, un bocadillo, que consiste en pan, pescado, queso y salchichón, y comiendo y bebiendo, se toman, por término medio, doce vasos, habiendo casos en que llegan a 25. Al regreso, si tienen sed, no dejan de tomar cerveza, y después de cenar, vuelven á la taberna y beben un vaso ó dos de vino, marchándose luego á casa y acostándose, para levantarse á la una ó las dos de la mañana, á fin de salir á la pesca... Este pescador, en cuanto á su género de vida es distinto á los demás de la provincia de Guipúzcoa».

En suma, la imagen que ofrecía San Sebastián destacaba por una intensa vida social, con un fuerte pico en verano, un amplio y variado repertorio lúdico, una sensación de plácido esparcimiento y un apacible transcurrir de “los trabajos y los días”, como diría un clásico griego. Esta visión feliz, apacible, interclasista, progresiva y distinguida, sin embargo, no dejaría de pasar por el cedazo crítico de algunos detractores nostálgicos, que añoraban el tono más popular e idílico de la Parte Vieja, el johsemarismo, o criticaban abiertamente la imagen de ciudad vertida al exterior de tono burgués, cosmopolita y elegante, que hacía dejadez de sus esencias tradicionales o patrióticas (Pío Baroja o Engracio de Aranzadi «Kizkitza» y el mismo Valera en el poema arriba inscrito). No cabe duda de que la situación real y total de San Sebastián no coincidía con ninguna de las dos imágenes anteriores, pues existían problemas de vivienda para las capas más menesterosas debido al elevado precio de éstas y del suelo, la soterrada división clasista y la aparición de la conflictividad social hacia 1902-03, incrementada tras la I Guerra Mundial.

III.2.5. El juego político

En 1875 se implantó el sistema de la restauración en la persona de Alfonso XII, cuyo reinado termina en 1885, sucediéndole su viuda, la regenta María Cristina hasta 1902. Se configura el turno o alternancia pacífica en el poder a cargo de los dos grandes partidos, conservador, lide-

rado por Cánovas, y liberal, encabezado por Sagasta. Este sistema conllevaba el control del juego electoral, que partía de la propia administración y tenía como último eslabón local la figura del cacique. De ahí que el lenguaje de la época englobase toda esta maraña combinada de manipulación electoral, corrupción administrativa y oligarquía gubernativa bajo la denominación de caciquismo. El sistema funcionó sin grandes sobresaltos durante el reinado de Alfonso XII, la regencia de María Cristina y la primera década del reinado de Alfonso XIII, 1902-1912, aunque en ésta ya hacen aparición, al menos en el País Vasco, ingredientes políticos más complejos: socialismo, nacionalismo, carlismo y republicanismo, que abrirán brecha en el tupido entramado político heredado de los reinados anteriores.

En este marco se movió la política donostiarra durante la etapa de las dos primeras décadas del siglo XX.

Sin meternos en el berenjenal de describir pormenorizadamente cada una de las contiendas electorales ni sumergirnos extensamente en los entresijos de la política menuda local, encontramos unos rasgos muy concretos que definen el juego político donostiarra.

1. La decantación de la ciudad en torno al liberalismo, pero no precisamente en el específico sentido político, sino como un manto cosmopolita que cubría toda la vida donostiarra. La idea de liberalismo trascendía el estricto marco político para adquirir una dimensión referente a un estilo de vida abierto, cosmopolita, dinámico, tolerante, culto y, por supuesto, amigo de la libertad en general.
2. la pluralidad y heterogeneidad del espectro político con varias formaciones contendientes que obtuvieron respaldos notables de los electores, aunque el peso del tradicionalismo, el socialismo y el nacionalismo era escaso en la ciudad.
3. la no existencia de una neta hegemonía política en la ciudad, que se impusiese claramente a las demás. Bajo el común denominador del liberalismo los dos partidos dinásticos y el republicanismo fueron las opciones más respaldadas. Pero al no lograr un liderazgo indiscutido, con frecuencia las alianzas se convirtieron en una necesidad.
4. Tampoco escapó San Sebastián al control caciquil, especialmente en los momentos de confrontación electoral. Se configuró una oligarquía donostiarra, que aglutinaba a lo más granado de los notables locales, que enarboló la bandera de una gestión burguesa, clasista, modernista y progresista de la ciudad. En los comienzos del siglo este entramado se veía alterado por la irrupción de un republicanismo moderado y más tarde del nacionalismo, sin que ello provocara un seísmo político de vuelco total en la vida política.

5. El fuerte peso de las clases medias en la sociedad donostiarra, lo que proporcionó a la ciudad un tono mesocrático.
6. Los dos grandes partidos dinásticos, conservador y liberal, junto al republicanismo, de tono templado, serían las principales formaciones actuantes en la política donostiarra. Carlistas, integristas, socialistas y nacionalistas tendrían mucha menos incidencia en ella.

En la política local donostiarra los Machimbarrena serían una familia de las más influyentes. Fermín, uno de los fundadores de Ollagorria, fue en la década de 1880 uno de los caciques más importantes. Mantenía una fuerte relación con F. Lasala y Collado, duque de Mandas. De inclinaciones conservadores, se adhería al Partido liberal o se aliaba con el republicanismo si las circunstancias lo requerían, argumentando que los intereses de la ciudad están por encima de las propias ideologías. Su hermano, José Machimbarrena, emergería como la personalidad más influyente en la primera década del siglo XX. Fue alcalde de San Sebastián entre 1885-1887, diputado provincial en 1880 y desde 1888 hasta 1907, presidente de la Diputación en varias ocasiones (1898, 1901, 1903), gobernador interino, simpatizante del Partido Liberal y hombre de confianza de Sagasta.

Hacia 1906 en Gipuzkoa se asistió a una coyuntura de alta tensión, motivada por la próxima renovación del Concierto económico ese mismo año. En 1904 se había creado la Liga Foral Autonomista, un vasto movimiento, que aglutinaba desde integristas a republicanos pasando por liberales, en defensa del Concierto que se convirtió en la opción hegemónica a nivel provincial, aunque en las elecciones municipales de 1905 la coalición liberal-republicana comandada por J. Machimbarrena obtuviese un respaldo electoral mayoritario. Sin embargo, la firma del Concierto en 1906 y el triunfo de los postulados de la Liga Foral supuso el canto de cisne de la coalición liderada por J. Machimbarrena.

A partir de 1907 en San Sebastián se produjo un giro hacia la izquierda, con una presencia importante de los republicanos y una modesta representación socialista, aunque el tradicionalismo regía los destinos de la provincia. La coalición de izquierdas volvería a ganar las elecciones de 1909 y de 1913.

III.2.6. Factores y ámbitos de interacción-cohesión societaria

Según el sociólogo Nisbert el comportamiento del hombre es inseparable de su capacidad de interacción simbólica y social. Esta capacidad se moviliza en diferentes espacios. En un primer momento en el seno de

la familia y los espacios íntimos, con posterioridad abarca más sectores institucionales y entra en contacto con nuevas experiencias, organizaciones e, incluso, culturas. Cada sociedad concreta socializa a sus actores en un marco cultural, producido en el proceso sociohistórico que la autoconstituye como tal grupo. En el País Vasco existen mecanismos que permiten a los individuos adscribirse e identificarse con su marco propio cultural y sirven para relacionar al individuo con la sociedad. Dos son los grupos sociales, específicamente vascos, que vertebran y organizan las actividades del espacio público, ambos se estructuran mediante la interacción cara a cara: las cuadrillas y las sociedades populares o gastronómicas.

Ambas agrupaciones se enmarcan en la crisis de los agregados sociales tradicionales y cristalizan en nuevos grupos informales de interacción social como los dos mencionados, según el antropólogo y amigo personal, Iñaki Homobono.

La expresión prototípica de estas solidaridades elementales es la cuadrilla de amigos, que se encuentra en la base de un *continuum* organizativo, cuyos grados superiores de formalización serían la sociabilidad amical organizada, las sociedades populares, y la asociación destinada a promover o animar actividades y fines de proyección supragrupal. Todos estos agregados, de extraordinario arraigo en Euskadi, llevan todavía la impronta de la sociedad rural de la que proceden. Operan como institucionalización de pautas dinamizadoras de lo tradicional y comunitario, imbricadas en el modelo dominante de la cultura urbano-industrial. Cuadrillas de amigos y sociedades populares tienen, por tanto, un origen similar, aunque entre ambas existan diferencias, que no es del caso analizar.

La pertenencia a grupos de interacción amical propicia la inserción en agregados más amplios.

Estas sociedades, por excelencia gastronómicas, dada su objetivo primordialmente comensalístico son expresiones netas de sociabilidad varonil, puesto que el entorno extradoméstico y la época histórica en que nacieron el ámbito público de relaciones era esencialmente masculino.

Como acertadamente señala Aguirre Franco, surgen en el momento del declive de las sidrerías y vienen a suplantarse como lugar de convivencia, distracción y recreo. En la mayoría de ellas se halla una motivación parecida: un grupo de amigos que habitualmente tienen tertulia en la sidrería deciden alquilar un local y fundar una sociedad. Ello les reporta ventajas: mantener las afinidades comunes sin interferencias, flexibilidad del horario de cierre, consumiciones más baratas, ausencia de aglomeraciones, facilidad de autoservicio, conversación más relajada y sin testigos inoportunos etc.

La utilización en común y organización igualitaria reproducen en cierta forma rasgos de la cuadrilla. En realidad, muchas sociedades gastronómicas son una suma de cuadrillas en interrelación y cada una, a su vez, utiliza el txoko como si fuera un subgrupo.

Además de las referencias amicales, la sociedad, en ocasiones es única en su barrio, aldea o vecindario, agrupando a casi la totalidad de las familias, por lo que se define más en términos comunitarios que asociativos.

La sociedad es un agregado comunitario extradoméstico y sus actividades internas no tienen más objetivo que la sociabilidad intrasocietaria. Sin embargo, también se proyecta al exterior a un doble nivel: el del grupo de invitados por uno o varios asociados y mediante la actuación como grupo organizando y/o participando en fiestas y actividades deportivas, musicales etc. que poseen un mayor calado identitario para la comunidad local. Estas actividades extrasocietarias contribuyen a dotar a las sociedades de una aureola de extroversión prestigiante y palian esa sensación, vista desde el exterior, de ser un especie de cotos cerrados místéricos y *sancta sanctorum* varoniles.

Aunque las sociedades se han difundido por toda Euskal Herria y zonas limítrofes, su origen se sitúa en Donostia y tempranamente se extendieron por toda Gipuzkoa, que cuenta con más del 47% de las más de 1500 existentes.

Pero ¿Cuáles han sido los factores de interacción-cohesión que han favorecido el surgimiento de las sociedades populares en una ciudad concreta como Donostia? A lo largo de este estudio, explícita o tácitamente, los hemos mencionado o insinuado. Ahora los sistematizamos conclusivamente. A nuestro entender serían los siguientes.

1. En toda comunidad humana existe una predisposición a la asociación por motivos políticos, deportivos, lúdicos etc., que en el caso vasco probablemente se halle más enraizada en virtud de la persistencia de estructuras tradicionales.
2. La modernización económica y la correspondiente mejora del nivel adquisitivo y del bienestar generó un tiempo de ocio y del deleite de la gastronomía, placeres ambos que podían llenarse en espacios habilitados al efecto y dotados de la entrañabilidad y comunión, que la comensalidad requiere, como las sociedades.
3. El ascenso de la burguesía, con sus diferentes estratos internos, como clase social hegemónica conllevó la difusión como paradigma social general del carácter y la mentalidad típicamente burguesas: sentido del disfrute de los bienes terrenales, carácter

emprendedor, búsqueda del beneficio, deseo de inversión no sólo en aspectos puramente crematísticos, sino también en el bienestar individual, en la rentabilidad cualitativa del ocio y en la promoción de un temperamento liberal en sentido amplio, es decir, una forma de concebir la existencia como un amplio abanico electivo de posibilidades de goce, que la misma ofrece.

4. La consolidación de las clases medias en el tejido social impuso a la sociedad en general un tono mesocrático y armónico, propiciador de un cierto interclasismo, la lima de las asperezas típicas relacionales, la suavización de las luchas de clases y la eliminación de las estrictas barreras existentes en otras sociedades no vascas, sin que ello supusiese, evidentemente, la eliminación de las diferenciales esenciales de clase.
5. Más de la mitad de la población donostiarra era foránea, pero procedía de la provincia o de un entorno vasco, de Álava y sobre todo de Navarra, incluso de zonas euskaldunes, por lo que la incorporación no produjo choque brusco, sino una adaptación integradora suave y “amable”, en frase de algún sociólogo.
6. El sentido de la amistad, que se aquilata y concreta en las célebres tertulias dieciochescas dejó poso y sedimento en la sociedad vasca. “El elogio de la amistad”, de Joaquín de Eguía o “Las leyes de la amistad”, que la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País se otorga inicialmente, estudiadas por el profesor Risco, son una muestra fehaciente de ello. Las fórmulas amicales que fomentaban los “caballeritos” del siglo XVIII conectaban con el pensamiento humanista del siglo XVI, representado entre otros por Juan Luis Vives, escritor de preciosas páginas sobre la amistad, y con el pensamiento antiguo clásico, desde Aristóteles a Séneca. A este último pertenece este aforismo: “La amistad beneficia siempre; el amor causa daño a veces”.
7. Distintos especialistas entre los que sobresale el profesor de la UPV/EHU, Ignacio Homobono, ha resaltado la existencia de espacios específicos de sociabilidad y ocio en el País Vasco, que denotan una incontestable y peculiar identidad cultural: sidrerías, sociedades y cuadrillas.
8. Confluencia y transición no traumática ni convulsa de espacios de cultura rural como las sidrerías, imposibles de trasladar miméticamente al entorno urbano, sufrieron una acomodación y readaptación, originando las sociedades. Ello revela que la sociedad industrial no rompió los esquemas de la sociedad tradicional, sino que los incorporó reacomodándolos.

Bibliografía

- AGUIRRE FRANCO, R.: “Las sociedades populares”; Kutxa-Caja de Ahorros Provincial, Donostia-San Sebastián, 1983.
- AGUIRRE, R.: “El turismo en el País Vasco. Vida e historia”; Txertoa, San Sebastián, 1995.
- CALVO SÁNCHEZ, M.^a J.: “Crecimiento y estructura urbana de San Sebastián, Grupo Dr. Camino de historia donostiarra, San Sebastián, 1983.
- CASTELLS, L.: “Fueros y Conciertos Económicos. La Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa”; Haranburu, San Sebastián, 1980.
- CASTELLS, L.: “Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración. 1876-1915”; Siglo XXI, Madrid, 1987.
- CASTELLS, L.: “La bella Easo: 1864-1936”; in Historia de Donostia-San Sebastián, cap. IV; Nerea, Hondarribia., Donostia-San Sebastián, Udala, 2000, pp. 283-386.
- FERNÁNDEZ FUSTER, L.: “Historia general del turismo de masas”; Alianza, Madrid, 1991.
- GÁRATE, M. y MARTÍN RUDI, J.: “Cien años de la vida económica de San Sebastián”; Instituto Dr. Camino de historia donostiarra, San Sebastián, 1995.
- GRANJA, J.L. y DE PABLO, S. (coord.): “Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX”; Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
- HOMOBONO, J.I.: “El ocio en la sociedad vasca”; en VV. AA.: “Euskal Herria. Realidad y proyecto”; Caja Laboral Popular, San Sebastián, pp. 225-255.
- LARRINAGA, C.: “Actividad económica y cambio estructural en San Sebastián durante la Restauración. 1875-1914”; Fundación Kutxa, San Sebastián, 1999.
- LUENGO, F.: “San Sebastián: de su destrucción a la ciudad contemporánea”, Txertoa, San Sebastián, 2000.
- NISBERT, R.: “El vínculo social”; Barcelona, Vicens Vives, 1975.
- MONTERO, F. y TUSELL, J.: “El Reinado de Alfonso XIII. El regeneracionismo borbónico y la crisis del parlamentarismo (1898-1923)”; *Historia de España*, n.º 14, Biblioteca El Mundo, Espasa Calpe, Madrid, 2004.
- MURUGARREN, L.: “San Sebastián. Donostia”; Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, San Sebastián, 1978.
- PABLO, S. de: “Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta”; *Papeles de Zalabanda*, Vitoria-Gasteiz, 1995.
- RISCO, A. & URKIA, J.M. (ed.): “Amistades y sociedades en el siglo XVIII. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País; Toulouse, I Seminario Peñaflorida; RSBAP, 2001.

- RISCO, A. & URKIA, J.M.: “La carta como fuente y como texto. Las correspondencias societarias en el Siglo XVIII: La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País”; Toulouse, II Seminario Peñafloreda; RSBAP, 2005.
- RODRÍGUEZ SORONDO, M.^a C.: “Arquitectura pública en la ciudad de San Sebastián (1813-1922)”; Grupo Dr. Camino de historia donostiarra, San Sebastián, 1985.
- SADA, J. y HERNÁNDEZ, T.: “Historia de los casinos de San Sebastián, siglos XIX y XX”; Nuevo Gran Casino del Kursal, San Sebastián, 1987.